

LAES, Christian: *Disabilities and the Disabled in the Roman World. A Social and Cultural History*. Cambridge: Cambridge University Press, 2018, 238 pp. [ISBN: 978-1-107-16290-7].

Christian Laes, profesor de las Universidades de Manchester y Amberes, es uno de los mayores expertos en discapacidad dentro del mundo antiguo, con un notable recorrido en la materia desde que se interesara por primera vez en ella en 2008<sup>1</sup>. En el prefacio de la obra, el autor afirma que «this book aims to be no more and no less than the first synthesis [para el mundo romano] for a domain in which ancient history has long lagged behind» (VIII). Por otra parte, esta monografía aborda las distintas discapacidades utilizando un acercamiento «from head to toe». Por ello, para hacer las transiciones entre capítulos más llevaderas, cada uno de ellos se inicia con la historia de un personaje que puede servir de «icono» de la discapacidad que va a ser descrita en profundidad.

El texto comienza con una larga introducción en la que el autor se pregunta, entre otras cosas, qué consideramos, actualmente, como discapacidad.

1. Prueba de ello son las siguientes obras, en las que participó como editor y autor. LAES, Christian, GOODEY, Christopher F. y ROSE, Martha Lynn (eds.): *Disabilities in Roman Antiquity: Disparate Bodies*, a Capite Ad Calcem. Leuven: Brill, 2013 y LAES, Christian (ed.): *Disability in Antiquity*. London-New York, Routledge, 2017. Para un listado bibliográfico completo sobre la materia, que es periódicamente actualizado por el autor, *vid.* <https://www.disabilityhistory-ancientworld.com/new-cover-page>

Tras ello, se realizan una serie de afirmaciones interesantes que buscan enumerar las dificultades a las que se enfrentan los estudiosos de la discapacidad en la Antigüedad. Entre ellas, por ejemplo, la existencia, en el mundo romano –y en el resto de sociedades preindustriales, me atrevería a añadir–, de tipos de hándicaps que son frecuentes en el mundo actual, tales como infecciones recurrentes, fracturas mal curadas y enfermedades difíciles o imposibles de tratar. También se afirma que no existe correspondencia alguna entre los términos griegos y latinos empleados para aludir a una discapacidad y los actuales; para ilustrar esto, se afirma que, por ejemplo, existen aproximadamente 150 vocablos diferentes para aludir a varios tipos de problemas visuales. Seguidamente se explica que la teratología –el estudio de las anomalías o las malformaciones en los seres vivos– también tuvo su importancia para el encasillamiento (sobre todo legal) de aquellos individuos que se salían de la «normalidad». Tras explicar los parámetros culturales y cronológicos de su trabajo (centrado entre el 200 a. C. y el 500 d. C.), el autor utiliza la historia de Tito Manlio Torcuato para, más allá de probar la importancia de la *pietas* en la sociedad romana, exhibir la aplicabilidad práctica de un modelo de análisis propuesto por Michel Vovelle en el que el autor francés proponía estudiar las historias transmitidas por las fuentes descomponiéndolas en tres niveles de significados diferentes. Este capítulo introductorio se cierra haciendo un breve repaso por algunos de los autores que se encuentran en la base de los modernos estudios sobre discapacidad en el mundo antiguo.

En el primer capítulo (Conception, Birth and the 'Crucial' First Days) se parte de la dura realidad demográfica del mundo antiguo y de la conocida práctica de la exposición infantil para concluir que ello no implicaba, necesariamente, que la población romana se mostrara mayoritariamente indiferente ante el destino de sus hijos pequeños. Sin duda, antes de tomar una decisión definitiva, tanto las parteras como los médicos debían examinar cuidadosamente a los bebés de cara a determinar su viabilidad. Especialmente interesantes, por indicativos del temor social a traer al mundo a niños con algún tipo de problema o discapacidad, son aquellos textos que no solo tratan de regular los comportamientos de las parejas durante sus relaciones sexuales, sino que también prescriben el comportamiento de las mujeres durante el embarazo a efectos de tratar de minimizar riesgos (*vid.* pp. 29-31). Seguidamente, se afirma que el período de tiempo que mediaba entre el «nacimiento biológico» de las criaturas y su «nacimiento social» era, con mucha diferencia, el más peligroso para los bebés de ambos sexos debido a la altísima tasa de mortalidad durante los primeros días de vida. Un interesante texto de Tertuliano (*De Idolatria* 16.1-2) prueba la enorme importancia del *dies lustricus* en la vida de cualquier romano al ponerlo al mismo nivel que otras fechas relevantes como la asunción de la *toga viril*, los esponsales y el matrimonio.

El capítulo 2 (Mental and Intellectual Disabilities. Sane or Insane?) comienza recordando algunas de las historias de Calígula que nos informan de su depravación personal. Sin embargo, más allá de la información proporcionada por las fuentes, lo

realmente interesante consiste en atisbar cómo buena parte de los autores antiguos, por ejemplo Suetonio en sus *Vidas de los doce Césares*, adaptan sus materiales de cara a satisfacer unas estrategias de trabajo consistentes y que, en este caso, tienen que ver con la degradación progresiva de la dinastía julio-claudia. Así, la maldad de este emperador es atribuida tanto a su esposa Cesonia como a su pequeña hija Julia Drusilla, quien no tendría más de 2 o 3 años en el momento en que fue asesinada. Ciertamente, se destaca que, entre las teorías del *nomos* y la *physis*, la mayor parte de los biógrafos de la antigüedad se decantaron por esta última. Las razones del carácter de una persona, por tanto, se encontrarían principalmente en sus condiciones innatas, no pudiendo la educación más que moldearlos. De entre todos los modelos teóricos para acercarnos a los «desórdenes mentales», Laes considera como preferible el psico-social pues, en su opinión, es el que combina lo mejor de los anteriores. Son las fuentes legislativas las que nos ofrecen una mayor información sobre los desórdenes mentales. Así, debemos distinguir entre el término *furor*, que normalmente hace referencia a un estado de enajenación mental transitorio, y *dementia*, alusivo a una condición permanente. Precisiones metodológicas aparte, lo cierto es que sorprende atisbar cómo el derecho romano buscaba garantizar la dignidad de estas personas, que no se veían, por ejemplo, privadas de la ciudadanía ni de sus riquezas (que eran administradas por otras personas). Debemos tener en cuenta, afirma Laes, que la mayor parte de las personas con discapacidades mentales se encontraban perfectamente integradas

en el mercado laboral (p. 51). Autores como Galeno pensaban que los desórdenes intelectuales podían ser tratados médicamente. Hipócrates, por ejemplo, afirmaba (en *Sobre la dieta*, 35) que el ejercicio físico y una dieta adecuada podían servir como tratamiento para una persona con retraso intelectual. A través de la historia del enano Cercón, transmitida en la obra de Prisco, vemos cómo este era objeto de burlas allá por donde pasaba; sin embargo, pese a ello, no podemos afirmar con seguridad que este individuo sufriera algún tipo de discapacidad intelectual (pp. 55-58). Aunque autores como Areteo de Capadocia distinguían entre enfermedades pasajeras como la *phrenitis* y estados permanentes como la melancolía y la manía, para el autor resulta inaceptable equiparar a los «maníacos» de las fuentes clásicas con las personas que, a día de hoy, son diagnosticadas con trastorno bipolar. La *morosis/moria* y la *anoia*, por su parte, harían referencia a «deficiencias o debilidades en la misma operación intelectual» (p. 70). Resulta sumamente interesante que todas estas enfermedades, de una u otra manera, se produzcan a causa de alguna desproporción en los cuatro humores corporales; para Galeno, por ejemplo, la *anoia* se producía debido al enfriamiento del cerebro, mientras que la *phrenitis*, la manía y la melancolía se debían a un exceso de calor y sequedad en el cuerpo. Para finalizar el capítulo, el profesor Laes comenta algunos de los tratamientos estipulados por la medicina antigua ante estas situaciones y hace notar no solo la importancia que el cristianismo atribuyó a la presencia de daimones en el cuerpo para explicar estos estados, sino también la relevancia de los exorcismos para su correcta curación (pp. 76-79).

El tercer capítulo (Blindness, a 'Fate Worse than Death?') comienza analizando las desventuras de Melesígenes (=Homero) en la *Vida de Homero* atribuida a Heródoto. Independientemente de cuándo fuera elaborado este relato, lo cierto es que el mismo nos proporciona abundante información acerca de cómo podía experimentar la ceguera un individuo en la Antigüedad, sobre todo desde el punto de vista de los desafíos que debía afrontar en su día a día. Citando a la Organización Mundial de la Salud, se afirma que tan solo el 1% de los ciegos lo son de nacimiento y que, en el mundo antiguo, las infecciones, las deficiencias de la dieta y los malos tratamientos pudieron aumentar la incidencia de todo tipo de enfermedades oculares. Seguidamente, se realiza un análisis terminológico de algunos de los vocablos empleados para designar problemas visuales. Aunque autores como Celso llegaron a atesorar un gran conocimiento del ojo humano, se presume que, por lo general, la mayoría de los médicos no eran grandes entendidos en el tema. Por esta razón las operaciones tan solo eran recomendadas en casos de emergencia<sup>2</sup>. A continuación se destaca que, aunque los médicos de la Antigüedad identificaban distintas causas para la ceguera, relegaban la cura de la de nacimiento a las historias de sanaciones milagrosas (p. 92). Resulta llamativo que, mientras que se han conservado algunas historias que atribuyen la curación de la

2. Para una explicación gráfica de cómo se realizaban dos tipos de operaciones oculares en la Antigüedad, entre ellas la de cataratas, *vid.* pp. 91 y 92.

ceguera a ciertos emperadores, existan también algunas narraciones que afirman que incluso «buenos emperadores» como Octaviano y Adriano dejaron ciegos con sus propias manos a ciertos individuos que los habían enfurecido. A renglón seguido (pp. 99-107), el autor trata de acercarnos a la vida cotidiana de los ciegos. Si bien los invidentes de clase alta seguían siendo, en la mayor parte de los casos, miembros respetados de la sociedad, la realidad de los ciegos de clase baja se presenta mucho más oscura debiendo estos depender, bien de sus familiares, bien de la solidaridad de otros mendigos. Y aunque conservamos algunas historias que demuestran cómo, en algunos casos, ciegos u otras personas discapacitadas son utilizados como chivos expiatorios, lo cierto es que, según la legislación romana, los ciegos –al igual que los sordos y los mudos–, podían, entre otras cosas, seguir manejando su propio dinero, casarse libremente, adoptar, ser adoptados y servir como guardianes. Además, en caso de que se volvieran ciegos durante el ejercicio de un cargo público podían, por lo general, seguir desempeñando el puesto con normalidad. Para concluir, se afirma que las historias sobre ciegos y su milagrosa sanación crecieron exponencialmente durante la tardoantigüedad gracias al auge e institucionalización del cristianismo.

El capítulo 4 (Deaf, Mute and Deaf-Mute. A Silent History) comienza con la historia del anónimo hijo de Creso que, siendo sordomudo, habla por primera vez para salvar a su padre. El relato es ciertamente interesante pues, aunque este hijo es postergado políticamente –incluso fue escondido por su padre de la mirada

pública–, lo cierto es que Creso haría todo lo posible por promover su curación. Seguidamente, se afirma que la mayor parte de los autores de la Antigüedad otorgan un mayor énfasis al elemento oral –esto es, a la capacidad de los personajes para producir discursos– que al auditivo. En opinión de Christian Laes, «this is not surprising within an oral culture, in which speaking in public was one of the most important established rights associated with the lives of the elite» (p. 117). Aunque resulta muy complicado, a través de los relatos conservados, hacer un listado de personas sordomudas, las fuentes evidencian que la sordera sin pérdida del discurso suele ser un problema asociado a la vejez. Celso, al igual que hizo con la oftalmología, dedicó un capítulo entero a la audiología; sin embargo, el nivel de refinamiento alcanzado por esta disciplina no fue, ni mucho menos, equiparable. Tras realizar un breve estudio de la terminología alusiva a la sordera y a la mudez, se destaca que el vocablo latino «*sordomutus*» no se acredita hasta 1807. Resulta interesante atisbar cómo, en la legislación romana, mientras que las personas ciegas mantenían todos sus derechos (*vid. supra*), las sordomudas se veían limitadas en su capacidad legal o de desempeñar oficios públicos (p. 124). Ello no implicaba, sin embargo, exención alguna por su parte a la hora de cumplir con sus obligaciones financieras para con el estado. Los esclavos sordos, lógicamente, se encontraban exentos de la obligación de ofrecer ayuda en caso del asesinato de su amo. Interessantemente, el cristianismo comenzó a mostrar más preocupación por este colectivo; así, para algunos padres de la iglesia la

imposibilidad de oír de estas personas les inhabilitaba para acceder a la fe y a la salvación. De ahí el interés que san Agustín demostraba por el lenguaje de signos, del que encontramos algunos testimonios en distintas fuentes.

El quinto capítulo (Speech Defects. Stammering History) se inicia poniendo en cuestionamiento que el famoso orador Demóstenes haya sido tartamudo. Así, tras analizar toda la información proporcionada por las fuentes antiguas, el autor afirma que, como mucho, este individuo tendría un leve problema en la pronunciación que solucionaría con abundante ejercicio. Algunos de estos problemas de dicción los tenían personas mayores, con el paladar hendido, o que carecían de una cantidad considerable de piezas dentales. Al igual que vimos en el resto de los capítulos, existe un nutrido vocabulario para hacer alusión a estas realidades: *Traulos/traulizein*, *battos/battarizein*, *psellos/psellizein*, *mogilalos*, *ischnophonos* y *leptophonos* –en el caso griego– y *balbus/balbut(t)ire*, *blaesus*, *elinguis*, *baesitare lingua* y *titubare* –en el romano–. Sin embargo, dado que el empleo de estos términos es sumamente vago e inconsistente, se aboga a continuación por el estudio detallado del contexto de cada pasaje (p. 137). Tras analizar varios casos, el autor afirma que los defectos en el habla –a no ser que fueran muy graves– no conllevaban demasiadas limitaciones legales a las personas que los sufrían. Adentrándose en la figura de quien, probablemente, es el tartamudo más conocido de toda la Antigüedad (Claudio), Laes afirma que, aunque para las fuentes este individuo simbolizaba la antítesis del perfecto aristócrata romano, la imagen que

nos proporcionan de él se yergue en marcado contraste con los éxitos que logró durante trece años de reinado. Interesantemente, se afirma que ningún modelo explicativo elaborado en la Antigüedad establecía conexión alguna entre este tipo de problemas y el cerebro; por el contrario, los médicos de la época pensaban que los mismos se producían debido a defectos de algún órgano del aparato fonador. El capítulo se cierra abordando las diferencias entre las tradiciones rabínicas y la cristiana acerca del supuesto «defecto de la voz» que tenía Moisés.

El último capítulo, titulado «Mobility Impairments. History of Pain and Toil», comienza abordando la historia de Filipo II de Macedonia, quien quedó lisiado a consecuencia de una serie de heridas recibidas durante sus campañas militares. Citando un pasaje de Plutarco (*Mor.* 331b) se afirma el marcado contraste entre la actitud de Filipo, que trataba de esconder su defecto, y Alejandro Magno, quien le exhortaba a exhibirlo públicamente como recuerdo de su valor. Comentando la terminología alusiva a estos estados, y con el objetivo de ilustrar su vaguedad, se afirma que Plutarco utiliza el mismo vocablo –*cholos*– para hacer referencia tanto a la ligera cojera que sufría Agesilao (*Ages.* 2.3) como a la severa discapacidad que obligaba al ingeniero Artemón a ser transportado en litera (*Per.* 27.3). Seguidamente, se afirma que las infecciones, unidas a una alimentación deficiente –con déficits crónicos de proteínas y calorías– y a una carga de trabajo brutal dejaban un fuerte efecto en los huesos de la mayoría de las personas, tal y como está demostrando la osteología en análisis como los de el «Mausoleo 2» de la vía

Collatina, en Roma. El autor afirma, además, que dada la gran importancia otorgada por los autores hipocráticos y Galeno al tratamiento de las fracturas, era posible que existieran un buen número de personas que presentaran roturas mal curadas y que, a consecuencia de ello, sufrieran problemas permanentes en su movilidad. Si bien la artritis y la gota eran enfermedades recurrentes en la Antigüedad, llama la atención que esta última no fuera considerada como excusa para eximir al ciudadano de ciertas obligaciones. Dejando a un lado el sufrimiento físico experimentado por estas personas, parece ser que los problemas de movilidad no provocaron a quienes los padecían limitaciones sociales importantes; esto es, podían casarse, ejercer un oficio (sedentario) y participar en la política ciudadana. Para finalizar, el capítulo comenta algunas de las historias de sanación de este tipo de discapacidades presentes en el Nuevo Testamento y en las historias de los santos.

El volumen finaliza con unas amplias conclusiones en las que su autor nos invita a ver las discapacidades y los defectos en el Imperio romano como una serie de condiciones que, al menos en cierta manera, consiguieron escapar a una estricta categorización. Al parecer, era la incapacidad de una persona para trabajar la que era percibida por los antiguos de una manera diferente. Seguidamente, Laes utiliza el pensamiento de Martha Nussbaum para hacer una afirmación muy sugerente. Para él, «the well-cared-for blind philosopher Diodotus in the home of Cicero was much less disabled than were the deformed beggars encountered in the poems of Martial».

A continuación se exponen dos casos conocidos, el de Marco Sergio Silo y el de Publio Vatinio, para afirmar que, al menos para algunos romanos de clase alta, sus discapacidades no fueron óbice para alcanzar y mantener fuertes dosis de poder. Ciertamente, los romanos presentaron una mayor tendencia que sus homólogos griegos a glorificar el cuerpo (machacado) de los soldados veteranos. Sin embargo, en qué medida esta percepción ayudaba a los soldados de a pie es algo difícil de ver, y resulta probable que su situación no haya cambiado en absoluto. En opinión del autor, «in a world in which 'perfect'/'integral' bodies and forms were necessarily rare for material reasons, large numbers of imperfections must have been overlooked» (p. 182).

El trabajo aquí presentado, en definitiva, constituye un gran avance dentro del estudio de las discapacidades físicas en el mundo antiguo<sup>3</sup>. Nos encontramos ante un libro pensado tanto para especialistas como para un público general, pues la sencillez del vocabulario utilizado, el uso extensivo de anécdotas y el mantenimiento de una misma estructura dentro de cada capítulo facilitan enormemente su lectura. La erudición de su autor, Christian Laes, queda perfectamente demostrada

3. Han quedado fuera del mismo las mentales. En este sentido, recientemente (el 31 de enero de 2020) tuvo lugar, en el Department of Classics, Ancient History, Archaeology and Egyptology de la Universidad de Manchester, el Seminario titulado «Natural Born Fools in the Ancient World». Del resultado de las presentaciones allí expuestas surgirá el primer libro específicamente dedicado al estudio de esta interesante cuestión dentro del mundo antiguo.

si consideramos que, en un volumen de apenas 200 páginas, integra informaciones procedentes de todo tipo de fuentes literarias (sean estas paganas, cristianas, rabínicas, legales o procedentes de la literatura médica de la época). La edición del libro, a cargo de la prestigiosa Cambridge University Press, ha sido sumamente cuidadosa,

aunque por alguna razón ha decidido prescindir de las ilustraciones que acompañaban la versión holandesa de este libro, (*Beperkt? Gehandicapt en in het Romeinse Rijk*, Leuven, 2014).

Borja Méndez Santiago  
*Universidad de Oviedo*  
mendezsborja@uniovi.es